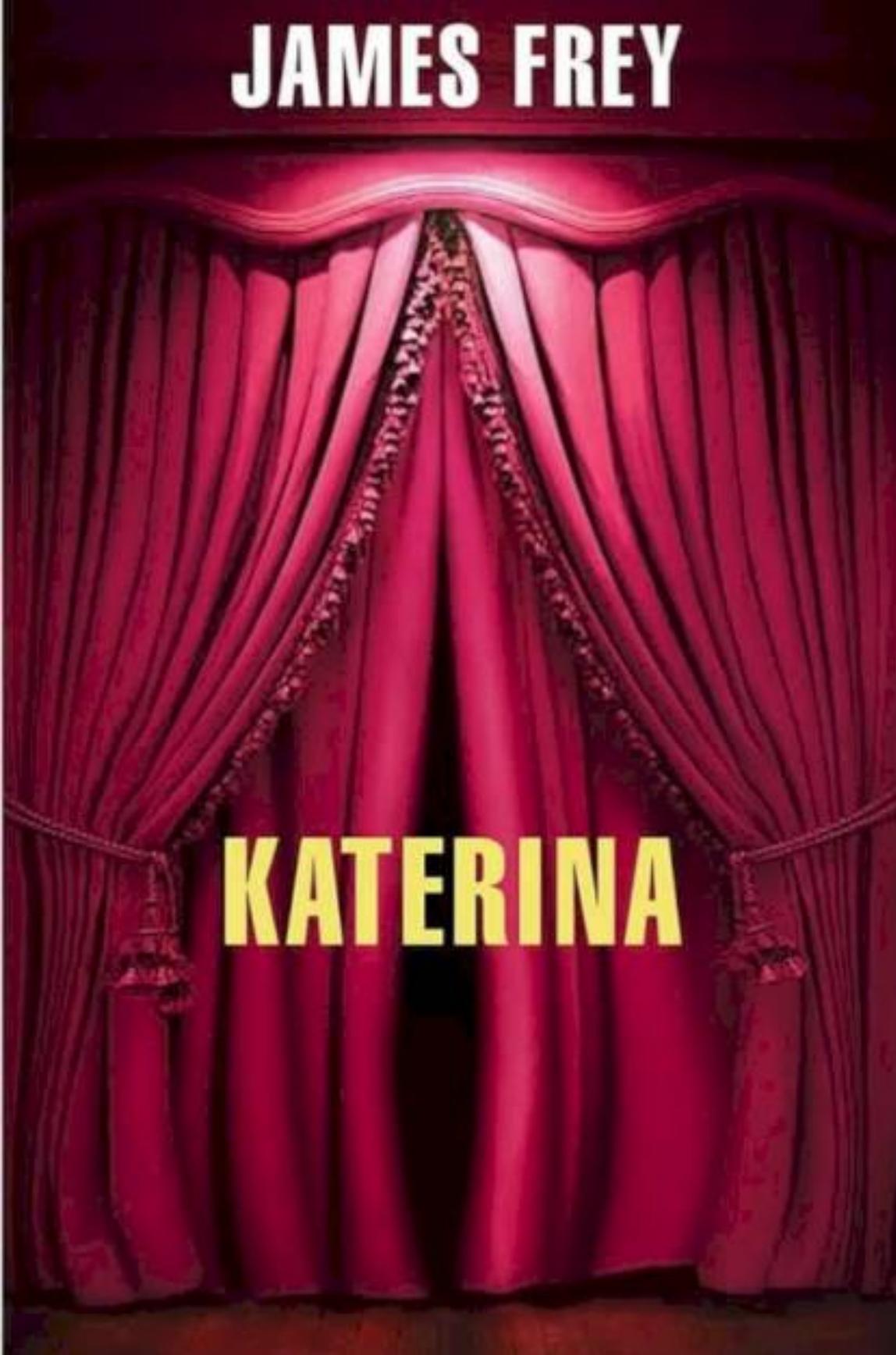


JAMES FREY

The background of the entire image is a pair of rich red theater curtains. The curtains are drawn back from the center, revealing a dark, shadowed opening. The top of the curtains features a decorative gold fringe. The lighting is dramatic, with a bright glow at the top center where the curtains meet, and deep shadows in the folds and the opening.

KATERINA

Del autor de *En mil pedazos* llega *Katerina*, la esperada nueva novela de James Frey ambientada en el París de 1992 y el Los Ángeles contemporáneo.

Un beso, una caricia. El amor y el sexo, el arte y las drogas, la locura de la juventud. *Katerina* es la explosiva nueva novela del escritor más controvertido de Estados Unidos.

James Frey nos lleva al París de los años 90 para contarnos la arrolladora historia de amor de un cóctel explosivo: un joven estadounidense aspirante a escritor que acaba de llegar a la ciudad de la luz para seguir los pasos de Henry Miller y una joven modelo noruega que está a punto de alcanzar la fama; ambos imprudentes, impulsivos, adictos y profundamente enamorados. Pasan veinticinco años y el escritor vive ahora en Los Ángeles, es rico y famoso, pero se siente paralizado y solo quiere estampar su coche contra un árbol, hasta que un mensaje anónimo lo lleva de vuelta a la vida, y posiblemente al amor, que abandonó años atrás.

Katerina es una novela autobiográfica que muestra la mirada abrasadora, arrogante y a la vez ingenua de un joven que no teme incendiar el mundo y su propia vida a la búsqueda de un sueño, sin tener en cuenta los posibles daños. «El chico malo de América» renace de sus cenizas con la misma emoción cruda y auténtica, y el mismo estilo percutido y deslumbrante, que lo encumbraron –y luego casi lo destruyeron– en sus controvertidas «memorias», *En mil pedazos*.

Antes, si mal no recuerdo, mi vida era un festín
donde se abrían todos los corazones, donde
todos los vinos corrían.
Una noche, me senté a la Belleza en las rodillas.
–Y la hallé amarga–. Y la insulté.

ARTHUR RIMBAUD,
Una temporada en el infierno, 1873^[1]

Los Ángeles, 2017

Empezó con un mensaje por Facebook. De alguien llamado Jente Paenbenk. Sin fotos, sin amigos. Un perfil en blanco. Empezó de nuevo. Después de veinticinco años.

¿Alguna vez piensas en mí?

Respondí:

Quizá.

Y así continuó.

Pienso en ti todos los días.

Bien.

A veces sí y a veces no.

Así es la vida, ¿verdad? A veces va bien y a veces no.

Sí, Jay, así ha sido en este caso. Para ambos.

¿Quién eres?

Quiero que pienses en mí todos los días.

¿Quién eres?

Que pienses, sonrías y recuerdes.

¿Quién eres?

Piensa, sonrío y recuerda, Jay.

¿Quién?

Por mí. Hazlo por mí.

París, 1992

Vivo en la rue Saint-Placide. El suelo está cubierto de botellas de vino vacías y ceniceros, el colchón está tirado en un rincón. La pintura de las paredes se ha desconchado y las ventanas no ajustan. Estamos a finales del siglo XX y vivimos en lo que se supone una sociedad avanzada. Nuestros deseos, sin embargo, nuestros deseos son los mismos. Los mismos desde el primer día en que uno de nosotros salió de una puta cueva. Amar follar comer beber dormir. Y eso es lo que hago aquí, en la ciudad más bella y civilizada de la Tierra. Amar follar comer beber dormir.

Anoche Louis ató un pañuelo rojo al picaporte. A Louis le gustan los chicos árabes, lo más cerca de los dieciocho años que pueda encontrarlos. El pañuelo significa que no debes molestar, aunque los oía a través de la puerta y lo adiviné sin necesidad de ver el pañuelo. Salí a dar una vuelta y comprar un par de botellas de vino barato y sentarme en un banco en Saint-Germain y ver pasar a las chicas guapas e imaginarme cómo sería estar con ellas, besarlas, hacerlas sonreír o reír, flirtear con ellas, follármelas, enamorarme de ellas. Con algunas sabía que jamás ocurriría. Otras podrían ser mías. Me senté y bebí y miré e imaginé hasta que ya no pude pensar más y dejé de recordar y me desperté debajo de un árbol en el Quai Voltaire y volví caminando a casa. El pañuelo rojo había desaparecido.

Louis está preparando café. Se tiene por filósofo, meteorólogo, astrónomo, políglota, artista. Vivimos en una pelotita, dice, una pelotita azul de un sistema solar menor en una pequeña galaxia de un universo infinito. Nada de

lo que yo, tú o cualquiera hagamos importa un carajo. Deberíamos ser felices y dedicar los días a perseguir el placer y el dolor y todas las formas de lujuria y deseo existentes. Deberíamos asegurarnos de tener la polla dura y el coño mojado y el corazón acelerado, latiendo rápido, muy rápido. Pero no lo hacemos porque somos burros y porque todos nos consideramos importantes, pensamos que importamos, que lo que hacemos importa, de modo que dedicamos el tiempo a trabajar en empleos sin sentido, luchar y pelear y tratar de ser algo o alguien distinto a lo que somos, es decir, animales. Todo el mundo lo hace, la humanidad entera, la masa ingente, idiota y boba, todos menos yo. Yo, Louis, el Príncipe de Saint-Placide, soy más listo. Sigo los dictados de mi corazón y mi polla, y lo único que me importa son las cosas que los alegra. Así que atiende, chico. Y aprende de mí. Sigue a tu corazón y a tu polla. Y recuerda que nada de esto importa. Y serás tan feliz como yo.

Llevo en París un mes. Tengo veintiún años, he venido solo, no conocía a nadie, no hablaba una palabra de francés, hice la maleta y me largué. Lejos de los amigos, de la familia, de América. Mi vida, o lo que se suponía que era mi vida, ya no existe. Nací y me criaron para formar parte de la máquina. Un radio. Un pequeño engranaje. Un piñón obediente atrapado para siempre en su mierda de puesto. Ve a la escuela, acata las normas, consigue empleo, trabaja ahorra vota obedece, cástate compra una casa ten hijos, trabaja ahorra vota obedece enseña a tus hijos a hacer lo mismo, trabaja ahorra vota obedece, muere y púdrete en un puto agujero en el suelo. A la mierda la máquina. A la mierda la gente que la construyó. A la mierda los que la dirigen. A la mierda los que eligen formar parte de ella. Yo estoy aquí, en la ciudad más bella y civilizada de la Tierra. Creo en Louis, en sus ojos dementes, sus manos temblorosas, su voz atronadora, en su visión del tiempo y las estrellas. Sigo los dictados de mi corazón y sigo los dictados de

mi polla. Cuando quieren cantar, cantamos. Cuando quieren sonreír, sonreímos. Cuando quieren bailar, bailamos. Cuando quieren arruinarse, nos arruinamos. Da igual lo que quieran, adonde quieran ir, cuánto placer o dolor encontremos, nunca trabajaremos ahorraremos votaremos obedeceremos. A la mierda la máquina. El único objetivo debiera ser quemarla. Prenderle fuego y danzar a la luz de sus putas llamas.

Así que recorro calles antiguas repletas de gente que habla un idioma que no entiendo en busca de algo que jamás encontraré, podría llamarlo libertad pero es algo más que eso, podría llamarlo iluminación pero quiero sentirme más que iluminado, podría llamarlo todo porque lo es todo para mí, amar follar comer beber dormir sentir vivir vivir vivir. Lo es todo. Quiero reducir a cenizas la puta máquina. Quiero vivir.

Los Ángeles, 2017

Mi césped está verde. Veo el océano desde algunas ventanas y una bruma amarilla encima de las relucientes torres de acero desde otras. Hay árboles y pájaros y una piscina. Tres coches en el garaje, dos niños en sus dormitorios, una esposa que duerme a mi lado. Pago la hipoteca puntualmente cada mes, igual que el resto de los recibos. Una mujer de la limpieza viene a diario, y hombres que se ocupan del jardín y los árboles y la piscina y recogen las mierdas de perro que la mascota de la familia va dejando por doquier. Tengo un pequeño cobertizo, o cabaña, o estudio, como quieras llamarlo, al fondo de la finca, lejos de la casa, lejos del ruido, lejos de la gente, lejos del mundo. Paso los días en esa pequeña edificación enfrente del ordenador, escuchando música y viendo la tele, leyendo o jugando a videojuegos, a veces trabajando, se supone que ocupado en cosas que importan, que son importantes, que la gente quiere leer y que otra gente me da dinero para que produzca. Me dan cantidades ridículas de dinero. Hago lo que quieren y les doy aquello por lo que me pagan y me odio. Y cuando me paro a pensar en lo que estoy haciendo y en cómo he llegado hasta aquí y en cuánto tengo y en cuánto he malgastado, cuando pienso en lo perdido que me siento cada segundo de cada día, en lo absolutamente perdido que estoy y me siento, joder, me dan ganas de comprarme una pistola y volarme los putos sesos. Pero no soy tan valiente. Así que paseo por el césped y me quedo mirando los árboles y escuchando a los pájaros y contemplo el océano y los rascacielos y sonrío por mis hijos y porque duermo junto a mi mujer y pago

los recibos y hago mi trabajo. Y me odio. Cada minuto de cada día. Me odio.

París, 1992

Abre la puerta.

Sal.

La vida espera.

Sexo y amor y libros y arte. El sol levantándose o poniéndose. Risas y música. Un lugar tranquilo para sentarse. A leer o pensar o ver pasar el día. O no. Caminar. Entre el caos, la gente, el ruido. El claxon de un coche. Una moto. Gente charlando. Las campanillas de las puertas al abrirse y al cerrarse. Una pelea de pareja, el llanto de un bebé. Caminar o bailar o saltar o correr, hacer lo que quieras hacer, ir a donde quieras ir. Puedes encontrar algo magnífico o terrible o nada en absoluto. Éxtasis o desengaño. Aventura o aburrimiento. Abre la puta puerta.

La vida espera.

Sal.

Mi día siempre empieza de la misma manera. Voy a la panadería. Me despierte en casa o en un callejón, o en un parque, o en el piso de alguien, o en suelo o cama o bañera ajenos, voy a la panadería. Está en la planta baja del edificio donde vivo, justo debajo del piso que comparto con Louis. Es una panadería francesa normal, una *boulangerie* la llaman ellos con sus bonitas palabras, y tienen una en cada manzana. En la *boulangerie* venden pan, aunque en Francia el pan es más que pan. Es vida, espíritu, sangre, identidad, arte. Todos los franceses que conozco se toman el pan muy en serio, como se toman los estadounidenses las armas o los cristianos las oraciones. Discuten sobre quién hornea la mejor *baguette*, las mejores pastas, el mejor pain au chocolat, qué hora del día es mejor para com-

prar el pan, si debería comerse caliente o frío, qué clase de mantequilla untarle y cuánta, si puede sobrevivirse solo con pan. Si alguna vez estás con un francés y no tenéis nada de qué hablar, menciona el pan. Te contará lo rico que está en París y que en cualquier otra parte es espantoso. Y, por lo que sea, tienen razón, el pan es mejor en París. Sabes mejor huele mejor sienta mejor se ve mejor. Cuando arrancas un trozo, suena mejor. Como *baguette* a diario, y la mayoría de los días es lo único que como. Cinco francos, más o menos un dólar, y no tengo que preocuparme más de la comida. Puedo gastarme el dinero en cosas más importantes, libros o bolígrafos o cigarrillos o café o vino, a veces flores para las ancianas o las chicas guapas con las que me cruzo caminando por la calle. Las ancianas siempre sonrían, a veces las chicas también. Otras veces dan media vuelta y se marchan. Es una tontería que hago. Regalo flores a una desconocida. Pase lo que pase, me parece dinero bien invertido.

La panadería de abajo tiene un sencillo cartel azul y un simple mostrador de acero y cajas con pastas apetitosas y cubos detrás llenos de panes variados. Por detrás de los cubos se ven los hornos y las mesas, la harina, la masa, los rodillos, el caos organizado que produce la mercancía. La panadería es propiedad de un matrimonio mayor. Imagino que la heredaron de uno de sus padres, que la heredaron de sus padres, que la heredaron de sus padres, y así hasta remontarse a los galos con mantequilla en el pelo. El matrimonio, la pareja mayor, acude a diario, abre al amanecer y cierra a las cinco de la tarde. El marido hornea, la mujer se encarga de la caja registradora, visten delantales a juego con ribetes del mismo azul que el cartel de fuera. Sonríen a los clientes, intercambian comentarios y risas con los habituales, les venden *baguettes*, cruasanes, pains au chocolat, les entregan cosas cuyos nombres ignoro y soy incapaz de pronunciar, sofisticadas elaboraciones francesas que saben deliciosas y apenas cuestan nada. No les

gusto, a pesar de que voy a diario. Entro, hago cola, saludo y pido una *baguette* en francés con mi penoso acento francés, les doy los cinco francos. La mujer no me saluda ni reconoce mi presencia en modo alguno, aparte de aceptar el dinero y entregarme la *baguette*. A veces saludo con la mano al hombre, que pone mala cara o desvía la mirada. Que yo sepa, por lo que he visto, soy el único estadounidense que les compra pan y deduzco que por eso no les caigo bien. Por lo general, y pese a la fama de los franceses de odiar a los estadounidenses, he descubierto que si intentas hablar francés, y no eres un gilipollas, los franceses se enrollan. Son altivos y distantes y fríos y un poco groseros, y si estás haciendo una estupidez te lo harán saber, pero son así con todo el mundo, incluso entre ellos. Hay una franqueza, una ausencia de chorradas, que valoro. Enróllate y los franceses se enrollarán. Si te comportas como un capullo, te la devolverán.

Los panaderos, no obstante, esa parejita de ancianos con delantal blanco ribeteado de azul que me vende el pan, odian a los americanos. O quizá solo a este americano. La mayoría de los días reduzco la transacción a lo más simple e indoloro posible. Pido el pan entrego el dinero cojo el pan me marchó. Otros días, sin embargo, intento entablar conversación, les pregunto de política, si son seguidores del Paris Saint-Germain, si prefieren a Manet o a Monet, si han leído a Victor Hugo y Gustave Flaubert y, en tal caso, a cuál prefieren, si alguna vez han retado a otros panaderos de la zona a ver quién elabora la mejor *baguette*. Tanto da lo que diga, me ignoran. Desestimán cada una de mis palabras. A veces los otros clientes se ríen, otras veces se giran, incómodos y avergonzados. En todo caso, entrego el dinero cojo el pan me marchó.

Abre la puerta.

Sal.

La vida espera.

Así que camino. Sin destino, sin plan, nada que hacer. Ningún lugar al que ir y nadie con quien quedar. No hay mejor ciudad en el mundo para pasear que París. En cada manzana hay comida y vino y arte y belleza. Los edificios son todos de un blanco roto o un gris oscuro. Ventanas altas en cada planta. Puertas de una sola hoja de madera de tres metros y medio con discretos números grabados en piedra. Las calles están atestadas. No hay cuadrícula y avanzan y giran a placer. Los Grandes Bulevares dominan la ciudad. Los Campos Elíseos con sus amplias aceras y gigantescas cafeterías y luces, el Times Square de París, limitados por un lado por el Arco del Triunfo y por el otro por la plaza de la Concordia. Saint-Denis con sus criminales y putas, pregonando ostentosamente sus cuerpos y mercancías, muerto durante el día pero cuando cae el sol late con sexo y peligro, deseo y violencia. Montparnasse con sus intelectuales y académicos discutiendo y fumando sin parar, alargando tres horas un café. Haussmann y sus grandes almacenes y sus viejas con elegantes sombreros y bolsos que cuestan más que una vivienda. Beaumarchais, Filles du Calvaire, Temple, Saint-Martin. Clichy con los fantasmas de Picasso, Dalí, Modigliani y Van Gogh. Saint-Germain, donde Hemingway y Fitzgerald bebían y peleaban y se cabreaban. Camino y observo y escucho. Me siento en bancos frente a catedrales. Me tumbo en la hierba de los parques. Vago por los museos y contemplo a los visitantes tanto como el arte. Pienso y sueño. Llevo un cuadernito de grueso papel marrón atado con un cordel, un bolígrafo, el libro que esté leyendo, un paquete de tabaco y un mechero, un fajo pequeño de billetes en el bolsillo de atrás. Me siento en cafeterías y escribo, tomo café, leo. Voy a bares por la mañana y me tomo una copa, bebo vino para almorzar, cócteles para celebrar la llegada de la tarde. Rebusco entre las pilas de las librerías, aun cuando la mayoría de los libros están en francés y no puedo leerlos. Miro los nombres de los lomos, las palabras de las páginas,

huelo el papel, tanteo el peso. Camino y la mente divaga y sueño. Sueño con arte y comida. Con dinero suficiente para tener cuanto quiera de lo que quiera cuando quiera. Sueño con una provisión infinita de vino y cocaína, de sexo y de disfrutarlo con prácticamente todas las mujeres que veo. Me planto delante de los restaurantes y leo la carta de los escaparates. Miro las fotografías de las revistas del quiosco. A veces simplemente me detengo y me quedo mirando un edificio, imagino su construcción, su historia, las vidas de las personas que lo habitan, el dolor que sienten, la alegría, las cuitas, el triunfo ocasional y el fracaso incesante. Sueño con amor, un amor loco loco enajenado. No el amor de anillos y vestidos blancos e iglesias, sino de lujuria y delirio, el amor en que no puedes parar de tocar, besar, lamer, chupar y follar. El amor que rompe corazones, desencadena guerras, arruina vidas, el amor que se te queda marcado en el alma, que sientes a cada latido del corazón, que te abrasa la memoria y regresa cada vez que estás solo y en silencio y el mundo se desmorona, el amor que todavía duele, que te obliga a sentarte y mirar al suelo y preguntarte qué coño pasó y por qué. Sueño con un amor loco loco enajenado del que empieza con una mirada, con miradas que se cruzan, una sonrisa, un roce, una risa, un beso. La clase de amor que hiere y consigue que ames el dolor, hace que lo quieras, hace que anheles el puto dolor, te mantiene en vela hasta que amanece, te agita en sueños. La clase de amor que sientes a cada paso que das, a cada palabra que pronuncias, a cada respiración, a cada movimiento, que es parte de cada pensamiento de cada minuto del día. Un amor que apabulla. Que justifica nuestra existencia. Que demuestra que estamos aquí por algo. Que confirma la existencia de Dios y la divinidad, o los priva de cualquier sentido. Un amor que convierte la vida en algo más que lo que sabemos y vemos y sentimos. Que la eleva. Un amor sobre el que se han dicho y escrito y leído y llorado y gritado y cantado y

sollozado tantas palabras, pero que escapa a cualquier descripción. He conocido mucho en mi vida breve, alocada, inestable, a veces maravillosa y a veces brutal pero siempre un desastre temerario, pero nunca he conocido el amor. El amor loco loco enajenado. Miedo y dolor, inseguridad, rabia, alguna alegría, paz fugaz, todos ellos son mis amigos. La amabilidad y el amor familiar siempre han salido a mi encuentro. Desdén, desprecio e ira son compañeros constantes. Pero nunca el amor.

Así que abro la puerta.

Salgo.

Camino.

Pienso.

Leo.

Escribo.

Me siento.

Observo.

Bebo.

Como pan.

Sueño.

La vida espera.

La vida y el amor.

Vida.

Amor.